LA MUJER

EN LA SOCIEDAD MODERNA

PARTE PRIMERA

LA AGONÍA DE LA SOCIEDAD PASADA

Aunque no nos ocuparemos sino de los hechos de la mujer contemporánea, será preciso presenciar la agonía de la mujer de los pasados tiempos, encarnada en la que pereció en la tempestad producida por la Revolución de Francia, á fin del siglo pasado.

El ejemplo que algunas de aquellas heroínas dieron al mundo será benéfico, porque éste demuestra que un gran carácter siempre conduce á la nobleza de sentimientos, y que la mujer virtuosa y abnegada, aun en medio de los acontecimientos más inesperados y más ajenos á su existencia pasada, la hallarán siempre llena de dignidad, de generosidad y de verdadera delicadeza.

CUATRO MUJERES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA [1]

I

La princesa Isabel de Francia.

Empezaremos estos estudios acerca de las mujeres virtuosas del tiempo de la Revolución francesa con la vida de una princesa célebre en los anales de la historia de la mujer, no en el punto de vista de la sangre real que corría por sus venas, cualidad que nada vale ante los ojos de Dios, sino porque aquella mujer reunió en sí todas las virtudes domésticas, así como todos los sacrificios de la bondad más completa, de la más perfecta abnegación y de una cabal belleza de alma.

En el concierto de voces revolucionarias y violentas que se levantaron contra la realeza en Francia, contra la aristocracia y contra todo lo que había tenido algún privilegio antes, no hay una sola que se haya atrevido á irritarse contra la princesa Isabel, hermana de Luis XVI. Era preciso que el tribunal que la juzgara y condenara fuese compuesto de sólo fieras con faz humana para que semejante mujer se viera sentenciada á muerte.

El nombre de Isabel ha sido famoso entre las familias reales europeas : además de aquellas grandes reinas tan conocidas por todos, como las Isabeles de

1. Estos bocetos fueron publicados en *La Mujer* en 1879.

España é Inglaterra, así como la de Rusia, que reinaron en su propio nombre, han sido elevadas al trono, en calidad de reinas consortes, muchas Isabeles, y sobre todo Francia ha dado á otros países algunas reinas de este nombre; entre otras están las esposas de Felipe II y de Felipe IV de España. Pero á ninguna de estas mujeres amantes de la pompa y del orgullo real se parecía la princesa que nos ocupa, sino más bien á las dos reinas canonizadas que florecieron sobre los tronos de Hungría y Portugal en los siglos XIII y XIV.

El desgraciado rey de Francia, que vino á pagar con su cabeza los pecados y crímenes de sus antepasados, — hemos nombrado á Luis XVI, — tenía dos hermanas : Clotilde é Isabel. La primera se casó á su tiempo con el príncipe de Piamonte, después rey de Cerdeña, Carlos Manuel. La segunda, Isabel, nacida el 3 de mayo de 1764, no había cumplido siete años cuando llegó á Francia María Antonieta, la esposa del futuro Luis XVI. Apenas se vieron las dos princesas, cuando se cobraron mutuamente un particular cariño, y la austriaca tomó bajo su protección á la francesa.

En su primera niñez, Isabel tenía un carácter tan violento, indómito y altanero, que sus institutrices con dificultad lograban domarla. Sin embargo, al llegar á la adolescencia, cambió completamente su modo de ser; merced á la instrucción religiosa que la dieron y el haber hecho su primera comunión al lado de su tía, la virtuosa carmelitana Luisa (que vivía retirada en un monasterio), Isabel se convirtió en una niña amable, bondadosa y de tiernos sentimientos. « En lo sucesivo, dice una de sus panegiris-

tas [1], se preocupaba más del cumplimiento de sus deberes que de los derechos que la daban en la corte su nacimiento y el respeto de que la rodeaban. »

El pueblo francés se acostumbró desde la niñez de Isabel á ver (en las fiestas, banquetes públicos y espectáculos teatrales) siempre al lado de la deslumbradora y majestuosa María Antoñeta la distinguida y modesta figura de la princesa, generalmente vestida de blanco, y cuyos azules ojos se animaban con una sonrisa angelical é inocente como su alma al notar los triunfos de popularidad de que disfrutaba su querida cuñada.

Isabel no vivía sino para amar á su familia, á sus amigas y á los pobres; jamás pensaba en sí misma, y sólo gozaba con las alegrías y el contento de los demás. Era la protectora nata de todos los infortunados, á quienes rara vez dejaba de auxiliar, aconsejar y socorrer; no contenta con proteger á los pobres de su patria, trabajaba también incesantemente, en unión de María Antonieta y de la reina de Nápoles, para que se enviase á rescatar cristianos cautivos en Argel. Tenía dos amigas, á quienes dotó (siendo ellas pobres) con las economías que hizos, durante tres años, de la pensión que la pasaban en su calidad de hermana del rey, y jamás dejó de protegerlas, mientras que permanecieron á su lado, y de comunicarse con ellas cuando se ausentaron.

El señor Feuillet de Conches ha tenido la paciencia de reunir y publicar todas las cartas que ha podido recoger de esta princesa, y, en la introducción que escribió para aquel objeto, dice que en la correspondencia epistolar de Isabel, « semana por semana y día por día, dejando correr su pluma naturalmente, refiere una vida edificante y exhibe uno de los caracteres más naturales, más rectos y más independientes que jamás hayan honrado una familia real ». Su cualidad más sobresaliente era la benevolencia, y aunque su espíritu prosaico, como el del rey, brillaba por su naturalidad y dignidad, no dejó jamás de manifestarse en todas circunstancias sereno y noble, como lo veremos después en medio de escenas tan angustiosas como pocas mujeres han tenido la desgracia, no solamente de presenciar, sino también de tomar una parte en ellas.

1. La señorita Amaris de Langerack.

Siendo muy niña, Luis XVI quiso casarla con un príncipe italiano, y después María Antonieta deseaba unirla con su hermano el emperador José II de Austria; pero Isabel desdeñaba las alianzas terrestres y aspiraba secretamente á concluír su existencia en un claustro. Sin embargo, como su hermano y su cuñada predilecta no quisieron consentir en ello, resolvió no separarse jamás de ellos, y se quedó en la corte, en donde la suerte la tenía destinada la palma del martirio.

El matrimonio de su hermana Clotilde la afligió mucho, y desde entonces vivía frecuentemente retirada del brillo y pompas del gran mundo, habitando una pequeña quinta que tenía en Montreuil. Allí pasaba los días entregada á sus devociones, al estudio de la historia, del cual participaba su hermano el conde de Provenza (después Luis XVIII), al arte de la pintura, de que gustaba mucho, á la costura y bordados muy curiosos que solía hacer para regalarlos á los pobres ó enviarlos á sus amigas; y además se ocu-

paba en mandar socorrer á los menesterosos, y tenía ciertas horas del día en las cuales daba audiencia á todos ellos. Esta época de tranquilidad y paz de ánimo no duró mucho tiempo : en breve la desgracia vino á tocar con su mano de hierro la vida antes tan brillante de María Antonieta; la muerte del primer delfín y de una princesita, el odio de muchos cortesanos, los disgustos políticos y privados que la causaron mil penas y aflicciones, hacían que Isabel volara á Versalles frecuentemente y compartiera con aquélla sus dolores, empapándose, por decirlo así, en sus tristezas y amarguras con todo el cariño de una verdadera hermana.

Cada día se nublaba más el horizonte político de Francia, y preparábase lenta, pero progresivamente, la tempestad revolucionaria, que debería acabar por despedazar aquel trono que había permanecido firme por más de mil años. Las ideas de libertad y filosofismo humanitario invadían todas las capas de la sociedad; desde el mismo Luis XVI hasta el último artesano de su reino, todos estaban imbuídos en el deseo de cambiar á todo trance el orden social. Las sociedades secretas tendieron una red en toda Francia, y se hizo de moda pertenecer á alguna logia masónica; y no solamente entre los hombres sucedía esto, sino que casi todas las mujeres de la alta sociedad hacían alarde de frecuentar las sociedades secretas. La amiga íntima de la reina, la princesa de Lamballe, era *gran maestra* de una logia [1], lo cual por

1. Veáse *La Princesse de Lamballe*, por Lescure, y *Carta de María Antonieta á su hermana María Cristina*, 29 de abril de 1781.

cierto no la salvó después de la furia de aquel pueblo por quien había trabajado.

La princesa Isabel, con su perspicacia femenina, no quiso entrar por la moda; presentía que todo aquello no sería saludable para su familia y mucho menos honroso para su religión; así no simpatizaba con las ideas nuevas, sino que, al contrario, no podía oírlas sin estremecerse. ¿Era acaso un presentimiento? Pero ya que en nada podía cambiar la situación social, acudía al que todo lo puede, y redoblaba sus oraciones, y levantaba al cielo su voz pidiendo amparo y protección contra todo lo que se preparaba. Pero la Providencia había decretado ya cuáles deberían ser las víctimas que sufrieran el martirio para purgar las malas acciones de sus antepasados; así, los ruegos y oraciones de Isabel hallaron cerradas las puertas de la misericordia divina.

El débil y vacilante gobierno de Luis XVI cometía falta sobre falta, errores sobre errores, y lo bueno que hacía, por una rara fatalidad, se convertía en malo en el crisol de la opinión pública. El pueblo desnudo, hambriento, miserable, azuzado por los que tenían misión de derrocar la monarquía, ciego de furor, maldecía á los reyes y á los nobles, creyendo que tenían la culpa de todos los infortunios de su suerte. María Antonieta, calumniada, vilipendiada y llena de amargura y de tristeza, había perdido su brillo y la fresca flor de su juventud; así, aquella que había sido el ídolo de la versátil multitud se veía abandonada por sus amigos que iban á buscar en tierra extranjera la seguridad; odiada por el pueblo y mirada mal por la clase media, no tenía otro consuelo sino la amistad y dulce simpatía de Isabel. Ella se apoyaba en el

tierno cariño de la princesa, y ésta, siempre serena y resignada, se apoyaba en la FE, que era lo que la daba una tranquilidad que parecía imposible en circunstancias tan terribles. « ¡Ah! decía frecuentemente, ¡es preciso conformarse á su santa voluntad! Si Dios quiere vengarse en nosotros, ¿qué podremos hacer puesto que ÉL es el amo?»

« La conciencia de Isabel era tan pura, dice Imbert de Saint-Amand, que no temía el sufrimiento ni la muerte. Mientras más se acercaba la hora de las catástrofes, más crecía su valor. Decía las cosas más sublimes con la mayor naturalidad. « No amo el martirio, escribía en 1791 á una de sus amigas, pero siento que, si ésa es mi suerte, Dios me dará la fuerza necesaria. ¡ÉL es tan bueno! » Más adelante dice que la consuela el pensar que estos sufrimientos sobre la tierra la harían tener menos purgatorio. Además, como tuviese la persuasión de que todas las desgracias y calamidades que sufría Francia eran castigo justo enviado por la Providencia, se inclinaba reverente y besaba el látigo que la azotaba, sin quejarse ni rebelarse jamás. »

Isabel era una segunda madre para los hijos de María Antonieta, y cuando la reina tenía que dejarles para atender á los deberes de su posición, Isabel la reemplazaba cerca de ellos. Aunque por aquel tiempo tenía poco más de veinticinco años, la severidad de sus costumbres, la dignidad de su porte real, al par de la amabilidad de su carácter, la hacían no solamente respetable, sino querida de cuantos la rodeaban.

No sólo habían abandonado la corte de Luis XVI y hasta sus propiedades en Francia muchos de los

miembros de la alta aristocracia, sino que también habían huído del peligro que amenazaba á todos hasta sus más cercanos parientes y los hermanos y las tías del rey. Cuando partían éstas, María Antonieta suplicó á la princesa Isabel que se alejara también y pusiera en salvo su vida; Luis XVI la ordenó, en su calidad de rey y de hermano, que no tardara en expatriarse, mientras que hubiese tiempo; pero ella resistió á las súplicas de la una y á las órdenes del otro, y juró permanecer hasta el fin al lado del trono bamboleante.

Á pesar de su modo de ser amable y bondadoso, Isabel tenía un carácter recto y firme, y disgustábanla sobremanera los términos medios que había adoptado su hermano en el gobierno que tenía el deber de defender en su *profesión* de rey... « ¡Ah! escribía la princesa á una de sus amigas, no hemos sabido aprovecharnos de las circunstancias propicias; no hemos tenido energía; era preciso afrontar los peligros, y sin duda hubiéramos salido vencedores. » Entre tanto María Antoñeta escribía á la duquesa de Polignac: « Yo frecuentemente derramo ardientes lágrimas, y otro tanto sucede á mi hija; pero felizmente para nosotros la serenidad de Isabel nos sostiene en todo tiempo y nos da una fuerza que sin ella no tendríamos. »

Durante el memorable 5 de Octubre, cuando el pueblo asesinaba á los desgraciados *guardias del rey*, Isabel no perdió la cabeza, y con su sangre fría y serenidad salvó personalmente la vida á algunos de los atacados, y acompañando en seguida al rey y su familia de Versalles á París, arrostró los mayores peligros durante aquel trayecto, de la furia de las muje-

res sobre todo, que fueron las que encabezaron aquella insurrección. Si quisiéramos formar una galería de las mujeres que se han distinguido en el mundo por sus pasiones y frenesí antihumanitario, de seguro encontraríamos una larga serie de energúmenas en los anales de las revoluciones en Paris, no solamente en la de 89, sino en todas las que han tenido lugar en aquella ciudad desde entonces.

En París, la familia real tuvo que apurar mil amarguras, sobresaltos y constante aprehensión. Al fin se decretó y llevó á efecto la fuga á Varennes, cuya terminación todos conocen. Á su regreso, en medio de una turba curiosa y enojada, Isabel conservó siempre su dignidad. Ni entonces ni después se manifestó nunca abatida ni llorosa; todo lo sufría por amor de Dios, y aceptaba los insultos é improperios del pueblo con la humildad que manda el Divino Maestro y la resignacion de una verdadera cristiana : ella sólo pensaba en su hermano y su familia y olvidaba siempre su persona. Además, ¡cosa rara! en medio de aquel cataclismo social en que ella y sus parientes eran el punto de mira de todos los odios, conservaba siempre un aire de viveza y contento, y su patriotismo era inquebrantable y firme. Cuando supo que los ejércitos enemigos invadían el suelo patrio, lejos de alegrarse al pensar que aquéllos iban en auxilio de su causa, escribía á una de sus amigas :

« Rusia, Prusia, Suecia y Alemania van á caer sobre la Francia; España no sabe aún lo que hará, Inglaterra tampoco; pero no tengas cuidado, amiga mía, nuestro país adquirirá una gloria más, y eso será todo. Trescientos mil guardias nacionales, perfectamente organizados y naturalmente valientes, defienden las fronteras y no dejarán acercarse un solo lancero austriaco. Malas lenguas aseguran que en Maubeuge ocho soldados alemanes hicieron correr á quinientos guardias nacionales, que llevaban además tres cañones. Hay que dejarles hablar ahora, si eso les distrae; después podremos burlarnos nosotros á nuestras anchas. »

¿No serían estas líneas dictadas por un excelso patriotismo? Una mujer que se veía perseguida y odiada por un pueblo entero, su vida continuamente en peligro, coartada su libertad, y todo esto en nombre de esa misma libertad que estaba en todas las bocas, ¿no manifestaba acaso el más grande amor á su patria y nobleza de sentimientos al expresarse así?

Quisiéramos extendernos mucho más al tratar de esbozar la vida de la princesa Isabel, y pintar, hasta en sus pormenores, la conducta de la hermana de Luis XVI durante aquellos aciagos días de amarga prueba; pero el espacio que para ello tenemos en estas páginas no es mucho, y por eso es preciso acortar un tanto lo que pudiéramos decir.

El 20 de junio de 1792 el populacho, ebrio de sangre y de venganza é inspirado por la pasión del odio y la envidia, penetra hasta en los más íntimos recintos del palacio de los reyes, y armado de picas y bayonetas se apodera de las Tullerías. En tanto que María Antonieta corre á defender á sus hijos, la princesa Isabel vuela al lado de su real hermano, en el momento en que se presenta una tropa de energúmenos que al verla gritan : « ¡La reina! ¡la reina! » y añadiendo los epítetos más horribles, se precipitan sobre ella.

La princesa da un paso adelante con el mayor de-

nuedo; pero su escudero, Saint-Pardoux, viendo el peligro, se antepone diciendo:

— ¡No es la reina, sino la princesa Isabel!

El pueblo continúa su marcha sin hacerla nada.

— ¿Por qué desengañarles? exclama ella dirigiéndose á su escudero; esto les hubiera impedido cometer un crimen peor.

Durante largas horas, esta inmaculada mujer, que ignoraba naturalmente el lenguaje de las verduleras que la rodeaban, tuvo que sufrirlas á su lado, oír sus observaciones y escuchar las expresiones más inmundas del repertorio de la injuria. Además, apretábasela el corazón no solamente al comprender el peligro inminente que corría su hermano, sino al notar el irrespeto é insolencia con que trataban á su rey, para ella la persona más sagrada del mundo. En esto vió levantarse, al parecer con malas intenciones, una bayoneta contra el pecho del rey, quien rodeado de aquel pueblo permanecía impávido en medio de todos, con el gorro frigio en la cabeza.

— Caballero, dijo Isabel dirigiéndose con aparente tranquilidad al hombre de la bayoneta, mirad que podríais causar algún daño con la punta de vuestra arma; bajadla, pues de seguro os pesaría.

El *sans-culotte* obedeció y bajó el arma y la cabeza delante de aquella mirada tan dulce.

Fatigado al fin el exaltado pueblo con sus juguetes reales, salió de las Tullerías y dejó en paz á la familia de Luis XVI. Pero entonces apenas empezaban sus sufrimientos. El 10 de agosto el rey tuvo que ir á pedir protección y amparo en el seno de la Asamblea nacional, en tanto que el pueblo sacrificaba á sus servidores en las Tullerías y despedazaba, rompía y quemaba todo lo que se encontraba en el palacio. De la Asamblea, Luis y su familia pasaron, ya enteramente presos, á habitar el antiguo edificio que había pertenecido á la orden de los Templarios. Aquella orden había sido suprimida por uno de los antepasados de Luis XVI, y por eso sin duda el inocente tuvo que expiar también el sacrificio del jefe de los caballeros hospitalarios, condenado á la hoguera por Felipe el Hermoso, cuatro siglos antes.

En los primeros días de su prision, María Antonieta habitaba con los niños y la princesa Isabel un aposento en común, y se comunicaban libremente con el rey, á quien habían dado otro separado. Además, la princesa de Lamballe y otras damas de la corte participaban de la misma prisión. Isabel trataba de distraer á los niños dándoles diariamente lecciones de música y de canto, y el rey les enseñaba historia y geografía. Así, sucedía frecuentemente que los crueles carceleros solían oír las voces de aquellos niños inocentes que se unían con la de su tía cantando himnos religiosos.

Un día de septiembre, estando toda la familia reunida en el aposento del rey, oyeron en los afueras de la prision muchos gritos y voces descompasadas. Algún miembro de ella se acercó á la ventana en el momento en que afuera mostraban una cabeza sangrienta y mutilada. ¡Era la de la princesa de Lamballe! Aquella desgraciada amiga de la reina había sido separada de la familia real algunos días antes, sin duda con el objeto de asesinarla; pero aun no había llegado la hora del rey, de María Antonieta, de Isabel y del delfín.

Ya no le quedaba, pues, á la hija de María Teresa

sino una amiga y un consuelo : la princesa Isabel, en cuyos brazos se arrojó llorando, confundiendo sus lágrimas con las suyas.

Esto no bastaba aún para satisfacer la cólera del pueblo. Impidieron que se viese la familia real con Luis XVI, excepto en las horas de las comidas; y al llegar el mes de diciembre é iniciarse el proceso contra el rey, le separaron por completo de su familia. Además de la pena que aquello causaba á los demás cautivos, en lo primero que pensó la princesa Isabel, que no perdía de vista la patria, fué en que aquel proceso y probable condenación á muerte del rey, servil imitación de lo que había sucedido en Inglaterra con Carlos I, sería un descrédito para la Francia.

« ¡Oh Dios mío! decía ella. Mejor hubiera sido que pereciéramos todos á manos de algún furioso, porque de eso no tendría la culpa el país entero; pero si el rey muere condenado por una Asamblea constituída en cuerpo legislativo, el hecho es terrible, porque no solamente será un desacierto sino un agravio de que se hará responsable la Francia entera como nación. »

Durante aquellos días de indecible angustia, la reina, que conocía el mundo y comprendía las pasiones políticas de los enemigos de la monarquía, perdió desde un principio la esperanza. No así Isabel : alma más pura y más cándida, no podía comprender que los hombres fuesen tan crueles, ni, según ella, tan impolíticos.

Al fin un día aquellas dos mujeres oyeron gritar al pregonero público debajo de sus ventanas la sentencia y condenación del rey á la muerte de guillotina... ¿Quién no habrá leído con enternecimiento la relación de la despedida de aquel desgraciado de su esposa, de sus hijos y de su hermana? en tanto que los centinelas de vista espiaban ese cuadro desgarrador con maligna curiosidad y sin manifestar misericordia... pero corramos el velo sobre todo aquello.

Después de la muerte de Luis XVI (21 de enero de 1793) tocaba su turno á María Antonieta. Empezóse por separar al Delfín de su madre; aquél era el primer eslabón de la cadena que conducía á la última agonía á la hija de María Teresa. En seguida la quitaron del lado de su hija y de su hermana y la sumieron en una prisión aparte. Durante su proceso tuvo que escuchar las acusaciones más horribles y monstruosas que se pueden inventar, y por último se vió condenada á muerte como una criminal. Pocas horas antes de ser conducida al suplicio, María Antonieta escribió á su cuñada la siguiente carta, fechada en la Conserjería el 16 de octubre de 1793, á las cuatro y media de la mañana :

« Á vos, hermana mía, es á quien escribo por última vez. Acabo de ser sentenciada á muerte, pero no á una muerte vergonzosa; ésta no lo es más que para los criminales; yo sólo estoy en vía para ir á reunirme con vuestro hermano. Siendo, como él, inocente, espero mostrar la misma firmeza que él en estos momentos. Estoy tranquila como una está cuando su conciencia nada teme; sólo me causa profunda pena el tener que abandonar á mis queridos hijos. Vos sabéis que yo sólo existía para ellos; y á vos, buena y tierna hermana mía, á vos que por vuestra amistad todo lo habéis sacrificado, á fin de estar con nosotros, ¡en qué posición os dejo!... »

Esta carta no llegó jamás á manos de Isabel, que se había quedado en la prisión, reemplazando á María Antonieta al lado de su hija, y desde el 2 de agosto no había podido comunicarse con aquélla. Ignorando completamente la suerte que había corrido la reina, las dos princesas pasaban una vida tranquila dentro de los muros del Temple. Isabel trataba de ocupar á su sobrina para distraerla de sus tristes meditaciones, dándola lecciones sobre muchas materias é inculcándole sus propios sentimientos de bondad, religiosidad y, sobre todo, de amor patrio. Entonces fué que compuso y recitaba con la hija de María Antonieta aquella oración tan conocida, que anda impresa en muchos libros de devoción[1], la que pinta á lo vivo el carácter de la virtuosa princesa.

Así trascurrieron muchos meses, y ya los amigos de Isabel pensaban que el tribunal revolucionario había olvidado á la hermana de Luis XVI, cuando una noche, estando las dos prisioneras acostadas y dormidas, oyeron que llamaban á su puerta. Era el 9 de mayo de 1794. Vistióse prontamente la princesa y salió á preguntar qué se ofrecía.

— Ciudadana, la contestaron desde afuera, baja al momento que te necesitamos.

— ¿Y mi sobrina también?

1. « ¡Qué me sucederá hoy, oh Dios mío! No lo sé; pero tengo por cierto que no me sucederá nada que tú no hayas previsto y ordenado en la eternidad. Esto me basta, Dios mio, esto me basta. Yo adoro tus decretos eternos é impenetrables; me someto á ellos con todo mi corazón, por tu amor. Yo lo quiero todo, lo acepto todo, te hago sacrificio de todo, uniéndolo al de Jesucristo, mi divino salvador. Yo le pido en su nombre y por sus méritos, la paciencia en mis trabajos y la sumisión perfecta, que es debida á todo lo que queráis y permitáis. Así sea.

— No se trata de ella, ni te importa : baja pronto, sola.

La niña (tenía quince años) se arrojó en los brazos de su tía, suplicándola que no la abandonase como su madre, á quien no había vuelto á ver. ¡Ella no sabía su triste fin!

— Déjame bajar, la contestó Isabel, que en este momento, no lo dudes, volveré á subir.

La niña la dejó salir, y jamás se volvieron á ver en este mundo...

Entre tanto Isabel se presentó ante el tribunal del *Terror*, quien la juzgó y condenó á muerte por crímenes imaginarios. Con el objeto de humillarla la condujeron al cadalso (el 10 de mayo) sin ninguna distinción de rango, en un carro, con veintitrés condenados más. Durante aquel viaje fúnebre, una marquesa, Crussol de Uzés, compañera de martirio, la manifestó gran respeto y consideraciones. Al llegar al pie de la guillotina, Isabel la dió las gracias, diciéndola que lo único que la quedaba ya en el mundo eran esas pocas palabras de gratitud.

— ¡Ah, señora! exclamó la marquesa, si Su Alteza Real me hiciera el honor de darme un abrazo, yo moriría contenta.

— ¡De mil amores y con todo mi corazón! repuso la princesa, á quien soltaban los brazos, que había llevado atados hasta entonces.

Al momento ordenaron á la marquesa que subiera al cadalso para ser guillotinada, y con el objeto de redoblar la crueldad para con la princesa, la obligaron á presenciar la ejecución de todos sus compañeros. La santa mujer entre tanto no perdió un momento aquella dignidad y serenidad que la distinguían en

todo tiempo, y cuando la llegó su vez, subió al cadalso con la misma compostura y porte verdaderamente real con que desde niña subía las gradas del peristilo del palacio de Versalles.

Ante aquella víctima, la más pura, la más inocente y la más santa de cuantas perecieron en la Revolución, el pueblo había enmudecido, respetando en ella la personificación de la virtud modesta, y tal vez recordando algunos de aquellos energúmenos que ella había hecho muchas caridades y sido muy misericordiosa mientras que la dejaron en paz : nadie levantó la voz cuando pasaba en su carreta; nadie la injurió, como lo hacían siempre con las demás víctimas : todos bajaban los ojos avergonzados de la inaudita injusticia que se perpetraba en ella.

Dos días después se leía en el *Monitor* (la gaceta oficial del gobierno) entre la lista de los guillotinados :

« Tribunal revolucionario del 21 floreal.

» *Ana Isabel Capeto, de treinta años de edad, nacida en Versalles, hermana del último tirano, condenada á muerte.* »

Antes de concluír, digamos de paso qué fué de la hija de María Antonieta. Merced á los buenos consejos y el santo ejemplo de su tía, aquella niña, desamparada y sola en una prisión, rodeada de soldados enemigos de su familia, supo mantenerse tan digna y noble, bien que sin manifestarse dura ni orgullosa, que todos la respetaban y compadecían, aunque muchos la rehusaban hasta lo necesario para vivir.

« Pero yo, escribía ella años después en los *Recuerdos de su prisión*, á lo menos cuidaba de estar limpia; tenía agua y jabón y barría el cuarto diariamente; ya había acabado á las nueve, hora en que los guardianes entraban con el almuerzo. No tenía luz; pero en los largos días del verano no sentía tanto esta privación, etc. »

Lo que más la atormentaba era oír á lo lejos la voz de su hermanito, único pariente que la había quedado, quien vivía bajo la tutela del hombre más cruel que ha dado Francia, el zapatero Simón, cantando canciones indecentes contra su padre y su madre.

Al fin la Convención se apiadó de la desgraciada princesa, y en 1796 la puso en libertad, pues ya después de haber sacrificado á sus padres, la Revolución parecía saciada de sangre y de venganza. Como antes hemos dicho, la hija de Luis XVI ignoraba que hubiesen asesinado á su madre y á su tía. Al saber el sacrificio de la segunda, exclamó :

— ¡Cómo! ¿Isabel también? y ¿qué falta podrían imputarla?

Esta palabra es suficientemente elocuente para resumir la vida de Isabel. Con efecto, ¿qué falta se podría imputar á aquella santa princesa, si no fuera que su sacrificio era sin duda indispensable para llenar la medida de la expiación de tantos crímenes é injusticias cometidos por los príncipes y los nobles, durante los siglos en que ellos tuvieron el poder en sus manos?... Y ahora Francia, como nación, según lo preveía la princesa, está pagando acaso los horrores de la Revolución, y, herida en su orgullo y en su dignidad, se ha visto mutilada por el enemigo extranjero más odioso para ella. París vió pocos años ha incendiados los edificios más caros á sus afectos, por sus propios hijos, y además se ve constantemente amenazada por las tendencias anárquicas que germi-